



CARDENAL
RAYMOND LEO BURKE

ESPERANZA PARA EL MUNDO

UNIR TODAS LAS COSAS
EN CRISTO

PRÓLOGO DE
ALBERTO BÁRCENA

ESPERANZA PARA EL MUNDO

UNIR TODAS LAS COSAS EN CRISTO

RAYMOND LEO
CARDENAL BURKE

ESPERANZA PARA EL MUNDO

UNIR TODAS LAS COSAS EN CRISTO

Una entrevista de Guillaume d'Alançon

Traducción de Helena Faccia Serrano

Prólogo de Alberto Bárcena



BIBLIOTHECA **HOMOLEGENS**

©2015, Groupe Artège Éditions Artège
10, rue Mercoeur- 75011 Paris
9, espace Méditerranée- 66000 Perpignan
www.editionsartege.fr

© Homo Legens, 2018
28049 Madrid
www.homolegens.com
Tlf: +34 608 028 273
info@homolegens.com

De la traducción: © Helena Faccia
Del prólogo: © Alberto Bárcena
Colección dirigida por Gabriel Ariza

Título original: Entretien avec le Cardinal Burke Un cardinal au
Coeur de l'Eglise (2015)

ISBN: 978-84-17407-00-1
Depósito legal: M-2306-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

AGRADECIMIENTOS

El Cardenal Raymond Leo Burke agradece
al padre Michael Joseph Houser y
al padre Ryan Post su importante ayuda.

Guillaume d'Alançon agradece al padre Marc
su ayuda con la lengua inglesa.

LA LLAMADA DE DIOS

Eminencia, para empezar esta entrevista, ¿nos podría relatar en pocas palabras la historia de su vocación? ¿Qué papel tuvieron sus padres y su familia en su toma de conciencia de la llamada de Dios? ¿De dónde proviene usted?

Soy estadounidense, de origen irlandés, e hijo de un granjero. Mi abuela paterna dejó su hogar en Cullen, en el Condado de Cork, Irlanda, a finales de los años 80 del siglo XIX. Mi bisabuelo paterno había dejado su hogar en Ballygriffin, en el condado de Tipperary, Irlanda, a principios del siglo XIX.

La familia de mi madre emigró de Inglaterra mucho antes. Eran protestantes. Mi madre había sido educada en la Iglesia baptista americana. Su madre, la única de mis abuelos que tuve la oportunidad de conocer, aunque murió cuando yo tenía siete años, era una mujer muy piadosa. Mi madre estaba muy unida a ella. Cuando se casó

con mi padre, se sintió atraída hacia la fe católica. Un excelente sacerdote irlandés, el padre Bernard McKevitt, la instruyó sobre las verdades de la fe en la parroquia de la Asunción de la Santísima Virgen María, en Richland Center, Wisconsin. Mi madre tenía un profundo conocimiento de la fe católica y tuvo un papel decisivo en transmitirla a mis hermanos y hermanas, y también a mí. Al haber sido testigo en mi infancia de la amplitud de sus conocimientos y su devota práctica de la fe, me sorprendí cuando supe que no siempre había sido católica. Hasta el día de su muerte alabó al padre McKevitt por el modo como la había preparado para que entrara en comunión plena con la fe católica. Sentía siempre una profunda gratitud por la fe cristiana de sus padres, que la había preparado para encontrar la plenitud de su fe en la Iglesia católica.

A través de mi padre, nuestro hogar estaba embebido de una sana espiritualidad irlandesa. El rasgo predominante de nuestra casa era la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuertemente vinculado a la devoción eucarística y a la Santísima Virgen, sobre todo bajo el título de Nuestra Señora de Lourdes. Mis padres amaban a la Iglesia y este amor se manifestaba sobre todo en el respeto que sentían hacia el sacerdote y todos los otros curas de la parroquia. Gracias a mis padres empecé a comprender el misterio del sacerdocio. Sentía mucho afecto por mi párroco, el padre Owen Mitchell, el sucesor del padre McKevitt, que también venía de Irlanda. Fue el primer sacerdote que tuvo una gran influencia sobre mi vocación y siempre tendré una deuda de afecto hacia él.

En nuestra parroquia también había un numeroso grupo de religiosas que hacían apostolado y que enseñaban en la escuela parroquial. Mis padres las respetaban

muchísimo. Puedo decir que en cuanto entré en contacto con las hermanas, encontré en ellas la prolongación del amor de mis padres.

**¿Quiere decir que el catecismo no era simplista?
¿Que no era sólo una lista de propuestas que había que
saberse de memoria?**

En absoluto. Las definiciones y fórmulas que teníamos que aprender eran muy ricas y favorecían la reflexión sobre las realidades de la vida. El catecismo me ayudó a descubrir el significado profundo de los misterios de la fe.

Cuando era un joven sacerdote, la educación religiosa a menudo no era más que el ejercicio de valorarse a uno mismo, de valorar a los otros y de aprender a vivir en armonía. Pero uno no puede sentir afecto de manera apropiada hacia uno mismo o hacia los otros, o aprender a vivir en común, sin una doctrina sólida y una vida de oración. Y sobre todo, no puede hacerlo sin la liturgia que nos forma, que conforma profundamente nuestra identidad personal y nuestra relación con los otros.

Posteriormente conocí con más detalle las serias ambigüedades de los nuevos métodos de enseñanza del catecismo desarrollados a partir de los años sesenta: una enseñanza más tenue de Dios y su proyecto para los seres humanos, un antropocentrismo excesivo que exaltaba al individuo, su libertad, sus sentimientos y sus relaciones sociales, que a menudo llevaban a modos equivocados de vida. El corolario de este método de catequesis que exaltaba al individuo humano en detrimento de Dios fue la degradación de la identidad sexual de las personas. Desde

esta perspectiva, toda la realidad está centrada en el ego, separada de toda trascendencia, mientras que la verdad y el significado sólo pueden encontrarse en el Señor y en una relación con Él. El principio de la fuente de la verdad y del significado afecta profundamente a nuestra vida con los otros. Lo que he experimentado con mis hermanos tiene relación con este principio. Sólo a través de la ley de Dios, por lo tanto, puedo comprenderme a mí mismo, comprender el significado del mundo y de la vida. Sólo a través de la ley de Dios puedo saber de una vida buena, amando a mi prójimo.

Volvamos a su infancia rural. Usted ha dicho que se benefició de una buena escuela primaria. ¿Cree que su relación con la creación durante toda su infancia como hijo de un granjero fue un plus, una ayuda para el desarrollo intelectual, porque enseña el significado del esfuerzo y el trabajo duro?

Estoy plenamente convencido. Recuerdo que cuando era niño quería vivir como los otros niños en una ciudad; en otras palabras, sin tener que ocuparme de los animales y de las otras tareas de una granja. Desde entonces he comprendido los beneficios del contacto directo con la naturaleza, del esfuerzo que significa recoger las hortalizas y la fruta, y ordeñar las vacas.

¿Llevaba usted las vacas de vuelta a la granja desde los pastos?

Trabajaba con mi padre y mis hermanos. La exigente realidad del trabajo en la granja me enseñó mucho.

Me enseñó, sobre todo, a realizar un trabajo manual con otros y a trabajar duro.

¿Cómo se dio cuenta de la llamada de Dios? ¿Sucedio de golpe o en etapas?

Experimenté un gran amor al Señor ya en mi familia. Sentía también una gran pertenencia a la Iglesia católica. Para nosotros, la vida en la Iglesia era la fuente de la abundancia de la rutina diaria. Sabíamos que formábamos parte de una familia más grande que la nuestra: la parroquia, la diócesis y, también, la Iglesia universal. Formábamos parte de una Iglesia que se difundía por el mundo entero. Recuerdo el gran afecto filial que mis padres sentían por el Papa Pío XII. Todos teníamos imágenes del Papa.

Este sentimiento estaba reforzado por la forma tradicional de la liturgia. Por ejemplo: cuando conocía a personas que habían viajado a tierras lejanas, en esos países ellos habían encontrado la misa en latín, que se convertía así en un punto de contacto universal.

En esta atmósfera de fe y unidad entre la vida familiar y la vida eclesial, aprendí a amar la Santa Misa, la confesión y varias devociones que forman una parte muy importante de nuestra vida de fe. Teníamos una gran devoción al Sagrado Corazón. En nuestra parroquia éramos también muy devotos a Nuestra Señora de los Dolores y terminábamos la jornada de cada viernes con la oración de los siete dolores de la Virgen María, la adoración y la bendición con el Santísimo Sacramento.

Nuestro sacerdote, en esa época, tenía la misma edad que mi padre y comprendí rápidamente que, sin

un sacerdote, no podía haber ni Eucaristía ni adoración. Pronto sentí una gran atracción hacia el sacerdocio.

¿Qué edad tenía?

Unos ocho años. Mis padres nunca me impusieron nada. Pero me animaron, porque pensaban que si Dios llama es necesario responder y hacer Su voluntad. Estaban muy contentos con mi vocación.

Cuando tenía siete años, los médicos descubrieron que mi padre tenía un tumor cerebral. Sus condiciones empeoraron durante un año de gran sufrimiento y murió cuando yo acababa de cumplir los ocho años. Durante ese año, mi padre dejó de trabajar y permaneció en casa. El sacerdote venía cada semana para que se confesara y darle la Santa Comunión. Estas visitas del sacerdote a mi padre dejaron una profunda huella en mí.

Cuando él llegaba con el Santísimo Sacramento, todos le recibíamos con velas y le precedíamos, en procesión silenciosa, hasta la habitación de mi padre. Salíamos de la habitación mientras le confesaba, pero volvíamos cuando recibía la Santa Comunión. De este modo, fui testigo privilegiado de su fe y su amor por la Eucaristía. Luego, el sacerdote se quedaba con nosotros un rato para hablar y consolarnos. Esta intensa experiencia me afectó profundamente.

Desde una edad muy temprana, a través de su familia y la vida parroquial, usted estuvo en contacto con la Iglesia sobre el terreno. ¿Cómo definiría la Iglesia?

Para mí, la definición de Iglesia es muy simple.

La Iglesia es Cristo vivo entre nosotros, ella es el Cristo glorificado que nos llama y nos reúne. A través de sus ministros, Él nos enseña las verdades de la fe, nos nutre con los sacramentos, la oración y la devoción. Él nos gobierna con las virtudes cristianas.

Lo que le estoy diciendo es simple, pero leemos en el Evangelio que cuando el Señor empezó su vida pública, inmediatamente llamó a los doce y formó una comunidad. Enseñó e hizo milagros. Educó a sus seguidores y les hizo madurar. Durante la Última Cena instituyó el sacramento de la Eucaristía como realidad de su sacrificio siempre presente en su Iglesia, para purificarnos y alentarnos.

¿Cómo fue su entrada en el seminario?

Puedo afirmar que mi familia y la escuela ayudaron a aumentar mi vocación sacerdotal. Cuando tenía catorce años, le dije a mi madre mi deseo de entrar en el seminario menor diocesano. Ella estuvo de acuerdo en enviarme y hacer el sacrificio económico que implicaba. Cuando acabé la escuela elemental en mayo de 1962, en septiembre de ese mismo año, entré en el seminario menor diocesano, el seminario Holy Cross en La Crosse, Wisconsin, con la bendición de mi madre y la recomendación de mi sacerdote. Otros dos niños de mi parroquia entraron al mismo tiempo. Ese año entraron ochenta y cuatro nuevos estudiantes en el seminario menor: cuarenta y dos de mi diócesis y cuarenta y dos de otras diócesis que no tenían seminario menor.

El seminario menor fue una gran gracia para mí. Unos excelentes profesores nos proporcionaron una elevada instrucción académica. Llevábamos una vida de oración unida a una estricta disciplina y una firme formación moral.

Empezamos el primer día con un retiro espiritual. Mi director espiritual me dio “*La historia de un alma*”, de santa Teresa de Lisieux, para que lo leyera. Este libro sigue siendo fuente de espiritualidad para mí.

Los sacerdotes diocesanos que se ocupaban de nosotros fueron un magnífico ejemplo. Eran realmente padres. Obviamente, el propósito de esta estricta disciplina en el seminario menor era lo mejor para los jóvenes seminaristas. El programa de formación espiritual estaba adaptado a nuestra edad, nos ayudaba a entrar en la vida de oración profunda y nos acostumbró a distintas prácticas espirituales. La sagrada liturgia era el centro de la vida del seminario y se celebraba con mucha dignidad y belleza. Los años que pasé en el seminario menor, desde los catorce hasta los veinte, fueron un gran don. Me ayudaron a comprender en profundidad mi vocación y a responder a ella cuando fue necesario.

¿Cómo era la atmósfera en la Iglesia en esa época?

En esa época, en la Iglesia había un sentimiento de serenidad y confianza. Cuando era un hombre joven, sentía una gran admiración y agradecimiento por el gran orden y la riqueza que daba la vida de la Iglesia. El otoño del año en que entré en el seminario menor, empezó la primera sesión del Concilio Vaticano II. A medida que se desarrollaban las sesiones, se empezó a oír una crítica cada vez más dura relacionada con los distintos aspectos de la vida de la Iglesia. Era preocupante. Esas críticas tal vez se hacían oír con mayor intensidad en lo relacionado con la sagrada liturgia. Cuando entré en el seminario menor, todos los seminaristas recibimos una copia del *Liber Usualis*. Se dedicaba mucha atención

a aprender los cantos adecuados para cada domingo y las fiestas litúrgicas. El sacerdote responsable de la música sacra también nos enseñaba un repertorio de cantos corales polifónicos. El seminario tenía un excelente órgano, que aumentaba considerablemente la solemnidad y la belleza de los ritos litúrgicos. Hacia el final del Concilio, se apartó bruscamente la música sacra, que fue reemplazada por música moderna acompañada de guitarras y percusión en lugar del órgano. La mayoría de la música moderna era banal y sentimental. Había empezado el periodo de experimentación con la sagrada liturgia, que llevó a un gran número de abusos que socavaron considerablemente el carácter sagrado de la acción litúrgica.

Los cambios introducidos en la sagrada liturgia estuvieron acompañados por el fin de la disciplina en los seminarios y por los cambios introducidos en los estudios, que debilitaron el carácter clásico de la educación que se había impartido hasta ese momento. De vez en cuando, se llamaba a los denominados expertos sobre el Concilio para que hicieran presentaciones en el seminario. Algunas de estas presentaciones reflejaban una seria falta de respeto por la vida de la Iglesia tal como era antes del Concilio; algunas llegaban tan lejos que cuestionaban continuamente la enseñanza de la Iglesia en materia de fe y de moral.

**¿Qué impresión le dio el Concilio Vaticano II?
¿Cómo se percibió este acontecimiento?**

Los comienzos del Concilio fueron recibidos con entusiasmo. En lo que a mí respecta, por lo menos, considero que el Concilio fue un modo extraordinario de compartir la gran riqueza de la vida y la práctica de la Iglesia. Fue visto de manera muy positiva, si bien desde el comienzo hubo

sacerdotes que empezaron a cuestionar la noción común del Concilio que resaltaba su continuidad con concilios anteriores y con la vida orgánica de la Iglesia hasta ese momento. No obstante, en general había un fuerte sentimiento de confianza en lo que se proponía alcanzar con el Concilio.

A medida que éste se desarrollaba y se ponían en marcha las distintas reformas que se habían ordenado, empezó a surgir un cierto sentimiento de desorientación. Algunas prácticas de la Iglesia, por ejemplo, devociones como la adoración eucarística y orar ante el Santísimo Sacramento, que habían sido de gran alimento para nuestra fe en el Señor y nuestro amor por Él, empezaron a ser ridiculizadas y a ser abandonadas. Se introdujeron muchos cambios radicales en la Iglesia en nombre del «espíritu del Concilio». La Santa Misa, por ejemplo, cambió radicalmente. La vida y disciplina sacerdotal y religiosa, que habían sido tan sólidas en mi infancia, disminuyeron. Muchos de los sacerdotes y religiosos que conocía abandonaron su vocación. Las religiosas abandonaron su hábito y sus apostolados tradicionales de educación y cuidado de los enfermos. Empezó un rápido declive de las vocaciones. Al mismo tiempo, también disminuyeron la participación en la misa dominical y el fervor religioso en general. La gente empezó a tener la idea de que muchos aspectos de la fe y de la práctica religiosa podían ser discutibles y estaban sujetos al juicio personal y privado. Una de las manifestaciones más asombrosas de este fenómeno fue la pérdida de la fe eucarística que había sido tan fuerte en mi infancia. Se desarrolló una noción errónea de la conciencia, que tuvo un efecto desastroso en la vida moral de los católicos. El sentido de seguridad sobre la vida, que hasta entonces había sido común en la Iglesia, se reemplazó rápidamente con un sentido de imprevisibilidad,

cuestionamiento, duda y experimentación. En lugar de intentar solucionar esta situación, parecía que hubiera una especie de fascinación en el hecho de cuestionarlo todo.

¿Se daba cuenta la gente de las dificultades que nosotros, ahora, conocemos tan bien?

Mirándolo en retrospectiva, me doy cuenta que las serias dificultades que atraviesa ahora la Iglesia ya estaban presentes, por lo menos en estado embrionario, en esos años. La hermenéutica de la discontinuidad o ruptura, que el Papa Benedicto XVI describió en su mensaje de felicitación de la Navidad a la curia en 2005¹, infundía

1 «Por una parte existe una interpretación que podría llamar "hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura"; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la "hermenéutica de la reforma", de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino.

La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconciliar e Iglesia posconciliar. Afirma que los textos del Concilio como tales no serían aún la verdadera expresión del espíritu del Concilio. Serían el resultado de componendas, en las cuales, para lograr la unanimidad, se tuvo que retroceder aún, reconfirmando muchas cosas antiguas ya inútiles. Pero en estas componendas no se reflejaría el verdadero espíritu del Concilio, sino en los impulsos hacia lo nuevo que subyacen en los textos: sólo esos impulsos representarían el verdadero espíritu del Concilio, y partiendo de ellos y de acuerdo con ellos sería necesario seguir adelante. Precisamente porque los textos sólo reflejarían de modo imperfecto el verdadero espíritu del Concilio y su novedad, sería necesario tener la valentía de ir más allá de los textos, dejando espacio a la novedad en la que se expresaría la intención más profunda, aunque aún indeterminada, del Concilio. En una palabra: sería preciso seguir no los textos del Concilio, sino su espíritu.

De ese modo, como es obvio, queda un amplio margen para la pregunta sobre cómo se define entonces ese espíritu y, en consecuencia, se deja espacio a cualquier arbitrariedad. Pero así se tergiversa en su raíz la naturaleza de un Concilio como tal. De esta manera, se lo considera como una especie de Asamblea Constituyente, que elimina una Constitución antigua y crea una nueva. Pero la Asamblea Constituyente necesita una autoridad que le confiera el mandato y luego una confirmación por parte de esa autoridad, es decir, del pueblo al que la Constitución debe servir. (...)

A la hermenéutica de la discontinuidad se opone la hermenéutica de la reforma, como la presentaron primero el Papa Juan XXIII en su discurso de apertura del Concilio el 11 de octubre de 1962 y luego el Papa Pablo VI en el discurso de clausura el 7 de diciembre de 1965. Aquí quisiera citar solamente las palabras, muy conocidas, del Papa Juan XXIII, en las que esta hermenéutica se expresa de una forma inequívoca cuando dice que el Concilio "quiere transmitir la doctrina en su pureza e integridad, sin atenuaciones ni deformaciones", y prosigue: "Nuestra tarea no es únicamente guardar este tesoro precioso, como si nos preocupáramos tan sólo de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temor, a estudiar lo que exige nuestra época (...). Es necesario que esta doctrina, verdadera e inmutable, a la que se debe prestar fielmente obediencia, se profundice y exponga según las exigencias de nuestro tiempo. En efecto, una cosa es el depósito de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerable doctrina, y otra distinta el modo como se enuncian estas verdades, conservando sin embargo el mismo sentido y significado" (Concilio ecuménico Vaticano II, Constituciones. Decretos. Declaraciones, BAC, Madrid 1993, pp. 1094-1095)». [N.d.T.]

una concepción errónea de la Iglesia. Esta concepción estaba acompañada por una cultura que se secularizaba con gran celeridad, de modo que esta secularización penetraba en la vida de la Iglesia.

¿Cuál fue su ministerio como sacerdote?

En cuanto me ordenaron sacerdote, el 29 de junio de 1965, me nombraron vicario parroquial, o sacerdote asistente, de la parroquia de la catedral de mi diócesis. En los días laborables se celebraban cuatro misas diarias y seis el domingo. También era importantísimo el sacramento de la confesión. Aunque en muchas parroquias se había abandonado la práctica regular de la confesión, en la catedral se dedicaban cada semana muchas horas a confesar. A medida que pasaba el tiempo empecé a darme cuenta que cada vez menos fieles acudían a confesarse debido al sentimiento difundido en la Iglesia de que la confesión ya no era algo necesario.

Los dos sacerdotes responsables de la catedral me pidieron que me dedicara más a la escuela católica. Dos años después, el obispo me pidió impartir la catequesis en el instituto católico, manteniendo al mismo tiempo mi cargo como vicario parroquial. Enseñando a niños y jóvenes en la escuela y en el instituto católico descubrí que muchas de sus familias no iban a misa el domingo, no se confesaban con regularidad y que en casa tenían poca o ninguna vida de oración. Lo que seguramente más me asombró fue la incultura religiosa que tenían los niños que, en cambio, eran inteligentes y estaban bien formados en otros ámbitos. Recuerdo un hecho: en un curso de religión para los más jóvenes del instituto, la mayoría de los cuales había ido a una escuela católica durante once años, hice referencia al quinto mandamiento. Cuando

una de las estudiantes levantó la mano para preguntar cuál era el quinto mandamiento, pedí a los otros estudiantes que la ayudaran. Ninguno sabía cuál era el quinto mandamiento. No sabían nada de los sacramentos tampoco. Nunca dudé de la seriedad de la tarea que me incumbía al tener que enseñar el catecismo lo mejor posible. Una de las mayores dificultades fue la falta de textos catequéticos serios. Además, las directrices proporcionadas por los llamados catequistas profesionales estaban lejos de ser útiles.

Los primeros cinco años de mi ministerio sacerdotal fueron un tiempo de intensa actividad pastoral. Puedo francamente decir que esos años reforzaron mi vocación, gracias a los sacerdotes con los que trabajaba. A menudo recuerdo con alegría los hechos de esos primeros cinco años de mi sacerdocio.

Usted es canonista. ¿De dónde sacó este aprecio por la ley?

Para ser totalmente sincero, empecé a estudiar Derecho Canónico en septiembre de 1980 a petición de mi obispo. Debo decir que no lo encontraba particularmente atractivo. De hecho, mi deseo era seguir con mis estudios teológicos. Los años 80 no fueron unos años fáciles para estudiar Derecho Canónico. Se había difundido en la Iglesia un cierto antinomismo² y el Código de Derecho Canónico de 1917 estaba

² El antinomismo (del griego *ἀντί*, «contra», y *νόμος*, «ley») es, propiamente, un movimiento cristiano del siglo XVI considerado herético que defendía que la fe lo llenaba todo y era lo único necesario, y que como la ley de Moisés era inútil para la salvación, es indiferente que un creyente «persevere en pecado para que la gracia abunde» (en contradicción con Rm 6, 1-2). Esta doctrina fue propagada por su fundador Johannes Agricola, quien comenzó a desarrollar sus doctrinas en el año 1537, hallándose en Wittenberg como profesor, por lo cual a sus partidarios se les conoce también con el nombre de los reformadores de Wittenberg. En esta ciudad tuvo controversias con Lutero y Melanchthon, huyendo luego a Berlín donde escribió una retractación. [N.d.T.]

siendo revisado. Algunos sacerdotes se sorprendieron al saber que estaba estudiando algo que ellos pensaban que la Iglesia había eliminado.

Fui bendecido por una serie de excelentes profesores en la Facultad de Derecho Canónico de la Pontificia Universidad Gregoriana. Uno de ellos en particular, el padre Ignacio Gordon, S.J., se tomó mucho interés por mí y me animó de muchas maneras para que comprendiera la importancia de la disciplina de la Iglesia. Al comienzo de mis estudios echaba mucho de menos enseñar a los niños y a los jóvenes, pues habían sido hasta ese momento una parte muy importante de mi vida sacerdotal. El padre Gordon vio que necesitaba que me animaran en el estudio del Derecho Canónico. Con su ayuda y la de otros profesores y compañeros de clase, empecé a disfrutar de esta materia profundamente. Incluso ahora disfruto estudiando cuestiones relacionadas con ella.

¿Cómo llegó al episcopado?

En septiembre de 1989, fui llamado desde mi diócesis para servir como defensor del vínculo en el Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. Permanecí allí hasta febrero de 1995. A principios de diciembre de 1994, el secretario de la Signatura Apostólica, el entonces arzobispo Mons. Zenon Grocholewski, vino a mi despacho para decirme que el prefecto, el cardenal Gilberto Agustoni, quería verme de inmediato. Era inusual hablar directamente con el prefecto, por lo que temía que de una manera u otra hubiera cometido un error en mi trabajo, sobre todo respecto a algunos casos difíciles relacionados con la supresión de parroquias en los Estados Unidos. Cuando entré en su despacho, el prefecto me informó de inmediato que el Santo Padre, el Papa

Juan Pablo II, me había nombrado obispo de La Crosse, mi diócesis natal. Me quedé asombrado, literalmente sin palabras. Inmediatamente añadió que se había estudiado a fondo este asunto y que no debía tener dudas ni miedo. Recordaré siempre lo que dijo: «La cruz que tendrá usted que llevar interiormente será siempre más pesada que la que llevará exteriormente». Me dijo que volviera a mi despacho y escribiera una carta al Santo Padre en la que le notificara que aceptaba el cargo de obispo de La Crosse. Lo hice, pero durante un rato no pude escribir nada. Me sentía abrumado por un sentimiento de lo que representaba la responsabilidad de un obispo. Recé y recuperé mi serenidad, así como la confianza en que Dios me llamaba a aceptar esta nueva y más dura responsabilidad en la Iglesia, tenía que confiarme en su gracia.

El 6 de enero de 1995 el Papa Juan Pablo II me ordenó obispo. Tras completar mi trabajo en la Signatura Apostólica, volví a mi diócesis donde me instalé como obispo el 22 de febrero de 1995. Estuve nueve años como obispo de La Crosse. Fueron años de intensa actividad pastoral bajo la firme y profunda dirección del Papa Juan Pablo II. Uno de los mayores desafíos fue promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. También se necesitaba afrontar todos los aspectos de la nueva evangelización, a la que el Papa Juan Pablo II llamaba insistentemente a la Iglesia.

En su opinión, ¿qué cualidades debe desarrollar un obispo?

Creo que las virtudes más importantes que tiene que desarrollar un obispo son la humildad y la confianza.

La humildad le permite reconocer que es sucesor de los apóstoles en todas las cosas y que debe llevar adelante sus tareas en obediencia a Cristo y a su vicario en la tierra, el Pontífice. La confianza le permite ir adelante en las desafiantes circunstancias actuales, sabiendo que el Señor es el único que hará que fructifiquen los débiles esfuerzos del obispo en favor de sus fieles.

De manera especial, desde el comienzo de mi ministerio episcopal, sentí que era muy importante para mí dedicar mi atención paternal a los sacerdotes y seminaristas, como también a todos los que estaban llamados al sacerdocio, pero que aún no habían entrado en el seminario. El obispo tiene la responsabilidad pastoral de toda la grey de su diócesis, pero no podrá llevar a cabo sus tareas con éxito si no tiene un gran número de sacerdotes valiosos que le ayuden. A veces me han criticado porque no he prestado suficiente atención a los laicos. Mi respuesta ha sido que mi preocupación pastoral hacia los laicos era precisamente lo que hacía que dedicara tanta atención a los que podían estar directamente a su servicio como sacerdotes. Claro que he dedicado mucho tiempo a cuestiones que atañen a los laicos. Me he reunido con ellos a menudo, bien individualmente o en grupos.

En diciembre de 2003, me trasladaron de la diócesis de La Crosse a la archidiócesis de Saint Louis, en Missouri. La misa de instalación tuvo lugar el 26 de enero de 2004. Una de mis grandes satisfacciones en la archidiócesis de Saint Louis fue el Seminario Kenrick-Glennon. Consideraba que era el corazón real de la archidiócesis y cada semana intentaba participar directamente en la vida del seminario. La archidiócesis estuvo bendecida por un gran número de excelentes vocaciones sacerdotales. La presencia del seminario

en la archidiócesis fue una gran ayuda para los jóvenes que estaban discerniendo su vocación.

¿Cuáles fueron las mayores dificultades a las que tuvo que enfrentarse en su ministerio episcopal?

Fue la invasiva secularización de la cultura que, por desgracia, también había entrado en la vida de la Iglesia. El empobrecimiento que había sufrido el contenido de la catequesis durante décadas impedía a los fieles dar testimonio en la cultura como cristianos. La formación de los seminaristas también se había debilitado y había perdido su rumbo. Esto empezó a suceder cuando yo estaba en el seminario. El resultado era que los sacerdotes a menudo se sentían, sin tener culpa, poco preparados para enseñar y formar a otros como deberían hacer. Había también algunos sacerdotes mayores que habían recibido una sólida formación doctrinal y una firme disciplina y que se encontraron que tenían que cuestionarlas en nombre de un supuesto «espíritu del Concilio». En lo que atañe a las cuestiones morales, el proporcionalismo³ y el consecuencialismo⁴ llevó a algunos a cuestionar la enseñanza moral de la Iglesia y, en algunos casos, la ley moral natural.

3 Doctrina teleológica que surgió por la necesidad de fundamentar las normas de la vida moral y justificar sus exigencias. Se originó en moralistas del ámbito cristiano tomista que encontrándose con la dificultad en el cumplimiento de las normas morales propusieron unos cambios a la doctrina clásica del acto humano. Uno de sus fundamentos es la tendencia natural del hombre hacia el bien. Afirma que en el actuar humano existe una proporción, es decir, los actos se justifican por el hecho de que el sujeto actúa con la intención de conseguir un fin bueno. Lo que busca el proporcionalismo es beneficiar al mayor número de personas y minimizar los males. [N.d.T.]

4 En ética, el consecuencialismo hace referencia a todas aquellas teorías de la ética normativa y está basado en el hecho de que todas las acciones son permitidas siempre y cuando la acción a realizar sea la «mejor» opción del agente; nunca está permitido que la acción elegida sea la que haga menos «bien». Así, siguiendo esta doctrina, una acción moralmente correcta es la que conlleva buenas consecuencias o crea un bien. Entre las éticas consecuencialistas podemos encontrar muchas formas de utilitarismo (las mejores consecuencias para el mayor número), el egoísmo moral (las mejores consecuencias para mí mismo) y la ética del altruismo de Auguste Comte. [N.d.T.]

Se dice que muchos candidatos ahora rechazan ser obispos por miedo a ser incapaces de llevar a cabo esta labor. ¿Esto es habitual?

No tengo modo de saber cuántos candidatos al episcopado han rechazado la llamada del Santo Padre a aceptar el ministerio episcopal. Sé de uno o dos candidatos que lo han hecho. En ambos casos, los candidatos no se sentían preparados para enfrentarse a los ataques que la cultura secular, sobre todo los medios de comunicación social, lanzan contra la Iglesia o a los conflictos internos de la misma, causados por la falta de una doctrina y disciplina sólidas.

¿Cuál es el miedo real que siente un obispo? ¿No está limitado por las estructuras administrativas a nivel diocesano o nacional (conferencias episcopales)? ¿Puede realmente actuar?

El obispo diocesano es, por mandato divino, el primer profesor de la fe en su diócesis, el primer liturgista, el primer pastor. Las estructuras administrativas diocesanas y las conferencias episcopales no pueden quitarle de ninguna manera sus responsabilidades en cuestiones relacionadas con la enseñanza de la fe, su ofrecimiento personal de la sagrada liturgia y el hecho de que debe asegurarse que ésta se celebre de manera correcta y válida en su diócesis. Las estructuras administrativas han sido creadas para ayudar al obispo. En algunas cuestiones, por ejemplo, en la administración extraordinaria de los bienes temporales, él sólo puede actuar bajo ciertas condiciones. Algunos cuerpos consultivos y deliberativos son

obligatorios en la diócesis, pero no disminuyen para nada la responsabilidad que incumbe al obispo, a saber: gobernar a su grey con sabiduría y entereza. En particular, debe recordar que el cargo de obispo diocesano es de derecho divino y la Conferencia Episcopal es una estructura de la ley eclesial positiva, creada para ayudar a los obispos en la atención pastoral de su grey, pero no es una corporación nacional de obispos que les dicta lo que deben hacer y les controla. Del mismo modo, la Conferencia Episcopal no puede representar a los obispos de un territorio basándose en la sola autoridad de la conferencia.

Y luego fue usted llamado a Roma por Benedicto XVI. ¿Cómo fue la experiencia? ¿Fue difícil abandonar su diócesis?

Fue especialmente doloroso abandonar la archidiócesis de Saint Louis, de la que había sido arzobispo durante cuatro años y medio. Cuando me nombraron arzobispo de Saint Louis no conocía la diócesis muy bien. Cuando empecé a administrarla, aprendí rápidamente a amarla. Hay muchas personas y familias católicas devotas, que rezan por su arzobispo, le apoyan y le ayudan. La archidiócesis está también bendecida con su propio seminario. Cuando era arzobispo, era una especial fuente de alegría dirigir el trabajo de apoyo de las vocaciones sacerdotales y formar futuros sacerdotes en el seminario. Durante esos años tuvimos muchas y excelentes vocaciones sacerdotales. Conocí a un gran número de fervorosos y generosos jóvenes que respondieron a la llamada de Cristo: «¡Sígueme!».

Fue nombrado prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. ¿En qué consistía su trabajo?

Ya conocía bien la misión del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. Había tenido el privilegio de servir en él como defensor del vínculo desde septiembre de 1989 a febrero de 1995, cuando empecé a prestar servicio como obispo de La Crosse. Fue un gran honor ser nombrado prefecto de la Signatura Apostólica, un honor que creía no merecer. En la Signatura Apostólica me encontré con un equipo muy bien formado que estaba muy unido y era muy comprometido. No fue difícil para mí volver al servicio que la Signatura Apostólica proporciona a la Iglesia universal y dedicarme a éste.

En la Iglesia, el Derecho Canónico protege y promueve las cosas sagradas como los sacramentos y la enseñanza de la fe, sin olvidar las relaciones entre los fieles y sus pastores como tampoco entre los propios fieles. La tarea del Tribunal de la Signatura Apostólica, como tribunal supremo y oficina de justicia, es asegurar un mínimo de buen orden que permita la realización de tareas «más gloriosas» en la Iglesia, como la liturgia y la proclamación de la fe. No hay paz en el cuerpo eclesial sin justicia.

¿Se siente usted muy lejos de la vida del cristiano medio cuando trabaja en el Vaticano?

En absoluto, para nada. En la Signatura Apostólica, tengo un amplio conocimiento de lo que sucede en

el mundo. Las cuestiones, los dossiers que estudiamos, son representativos de la vida del pueblo de hoy, de sus pruebas y sufrimientos. Es imposible hacer un trabajo real en la Curia Romana sin un fuerte sentido de la salvación de las almas. Es muy bonito trabajar al servicio de la Curia Romana. Me duelen las caricaturas que se hacen de ella: un grupo de hombres ancianos viviendo en un mundo irreal o un grupo de sacerdotes ambiciosos para los que el bienestar espiritual de los fieles no tiene ninguna importancia.

Cuando uno conoce la administración vaticana, asombra su pequeño tamaño: pocas personas gestionan miles de obispos, cientos de miles de sacerdotes, mil millones de fieles. ¿Cómo es posible?

Es cierto que la Curia Romana se ocupa de la Iglesia en todo el mundo con un servicio de amplio alcance, a pesar de que los recursos de los distintos departamentos o dicasterios son bastante escasos. La Signatura Apostólica, por ejemplo, aunque trata con más de mil tribunales en todo el mundo y tiene la responsabilidad del juicio final en los casos administrativos en los que hay una presunta violación del derecho eclesiástico, tiene sólo catorce miembros en su personal, incluyendo dos señores que hacen las funciones de recepcionistas y se ocupan de un cierto número de tareas menores. ¿Cómo es posible que tan pocas personas lleven a cabo un trabajo tan grande? Primero de todo, según mi experiencia, los que tienen responsabilidades en los distintos despachos tienen una gran dedicación. No sólo se contentan con hacer el trabajo del dicasterio

durante las horas de oficina, sino que se llevan trabajo a casa. Además, la Iglesia es un cuerpo orgánico en el que una rica tradición ininterrumpida desde la época de los apóstoles inspira y guía el trabajo, lo que hace que proceda más rápida y serenamente.

Se ha hablado mucho acerca de los escándalos del Vaticano... ¿Realmente hemos vuelto a la época del Papa Borgia?

En mi opinión, ciertamente no hemos vuelto a la situación moral del tiempo del Papa Alejandro VI, de los Borgia. Está claro que algunos miembros de la Curia Romana y algunos oficiales del Estado del Vaticano han fallado en sus deberes y, en algunos casos incluso, han estado implicados en actividades criminales, pero son pocos en número. La mayoría del clero, de los religiosos consagrados y de los fieles laicos que están al servicio de la Curia Romana y el Estado de la Ciudad del Vaticano son fieles a los deberes de su estado de vida y sirven de manera ejemplar a la sede apostólica o al estado del Vaticano. Estoy muy orgulloso de haber estado al servicio de la Curia Romana, incluso en los momentos en que algunos escándalos salieron a la luz debido a los errores y pecados de algunas personas.

En Roma está empezando una nueva etapa con la elección del Papa Francisco y su estilo de gobierno, tan diferente al del Papa Benedicto XVI. Usted dejó su posición de responsabilidad en 2014. ¿Se arrepiente de algo? ¿Hay algo que le hubiera gustado poder hacer?

Claro que fue difícil dejar el servicio en el Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. Era un trabajo para el que estaba bien preparado por mis estudios y experiencia. Además, el personal de la Signatura Apostólica estaba muy unido. Me sentía muy cercano a todos los miembros de mi equipo. Desde luego, había cosas que me hubiera gustado poder hacer si hubiera tenido más tiempo como prefecto. Sea como sea, me confío a la Divina Providencia y, por lo tanto, estoy feliz sirviendo a la Soberana Orden de Malta como cardenal patrono de la misma.